

para los tiempos nuevos

TODAS las noticias que se reciben desde Roma confirman que el Concilio ha entrado en la hora de las decisiones y marca su espíritu en la promulgación de distintos decretos y declaraciones que indican el claro propósito de poner a la Iglesia a la altura de los nuevos tiempos. Día a día surge, a través de la voz impresionante de la mayoría de sus Obispos, el deseo de la Iglesia de responder a la expectativa de la humanidad que hoy como nunca siente la necesidad del fermento evangélico.

Los nuevos tiempos... Pero ¿es cierto que nuestra época está marcada por el signo de la novedad en sus principales aspectos? Pocos serían capaces de negarlo o se necesitaría para hacerlo afirmar en la última simplicidad que todo es viejo porque todo se reduce a la lucha entre el bien y el mal. Pero el hombre de hoy piensa y siente que desde la Revolución Industrial no se ha producido una conmoción semejante a la provocada por la segunda Guerra Mundial, el descubrimiento de la energía atómica, la conciencia de la evolución y los viajes hacia el espacio interplanetario. El mundo se achica, las relaciones sociales se acrecientan, el hombre vibra con los acontecimientos de todo el universo. La socialización mantiene a la humanidad en constante crecimiento y expansión.

Los tiempos nuevos... Después de varios siglos de dominación espiritual europea el mundo adquiere dimensiones universales. Mientras en los últimos siglos el pensamiento europeo incitaba a las demás partes del mundo y creaba las pautas que los demás países buscaban imitar, hoy existen otros polos que no sólo dirigen el propio destino sino que buscan ejercer el mismo predominio que no hace mucho era monopolio de los europeos. Kennedy, Mao Tse Tung, Nehru, son hombres de una nueva dimensión que aun reconociendo su deuda con el espíritu europeo señalan una nueva expansión de la mente humana. Europa, tierra fértil,

comprende por fin que su sueño se transforma en realidad. No el sueño de su capitalismo en busca de un universalismo económico hecho de dominación y coloniaje sino el sueño de su vieja raíz católica, ecuménica, espiritual. Su sueño, que aun en un marco falso, mantuvo su contenido en la proclamación de la libertad, igualdad y fraternidad que no pueden entenderse plenamente sino en sentido cristiano.

Los tiempos nuevos contemplan alborozados la posibilidad de eliminar para el hombre el trabajo rudo y aun rutinario. La inteligencia humana cumpliendo el primer precepto divino: dominar la tierra, logra en nuestros días humanizar la creación, adaptarla a las necesidades humanas para que la imagen y semejanza de Dios pueda dedicarse más ampliamente a los valores más altos. A pesar de los pesimismos neomalthusianos, la humanidad está en condiciones de eliminar en un plazo relativamente breve la miseria y la degradación en vastas capas de la población mundial. Si un país como China ha conseguido hacer explotar su primera bomba atómica, esto nos demuestra que el adelanto técnico y científico está ya en manos de todos los pueblos.

Los tiempos nuevos son, ante todo, el abrirse de inmensas posibilidades para la humanidad ante un mundo más amplio, más poderoso, más rico, más humano y convencido cada día más que, por encima de sus riquezas materiales, necesita un suplemento de alma, una valoración espiritual de sí mismo. Los tiempos nuevos se proclaman espantados ante las consecuencias de los materialismos capitalistas y marxistas y buscan encontrar en la misma materia el mejor camino para el encuentro con el Espíritu supremo.

Sí, los tiempos son nuevos porque los hombres se encuentran ante una nueva y gran misión de renovar el mundo contando con los medios más poderosos en el orden material y espiritual como jamás los habían poseído en la historia.

* * *

Pero, los tiempos nuevos son también tiempo del hombre. Los tiempos nuevos no pueden matar la esencia humana que como un hilo maravilloso une todos los

tiempos. Este hilo de oro que nos expñca la Historia, es el deseo del Señor de que el hombre alcance a través de un largo esfuerzo el ser perfectamente Su imagen y semejanza. La finalidad de la Historia no es otra y por deteriorada y erosionada que pueda aparecer ante nuestros ojos de carne, la venida de Cristo y la presencia de la Iglesia nos revelan que el plan de salud, el plan de recapitulación de todas las cosas en Cristo, empezando por el hombre, va realizándose según el objetivo divino.

Ya Clemente de Alejandría señalaba que todos los esfuerzos humanos habían sido tenidos en cuenta por la Providencia para determinar el momento de la primera venida de Cristo. Los esfuerzos posteriores a la estancia de Cristo en nuestra tierra no pueden significar sino el anhelo, consciente o inconsciente, del género humano por la segunda venida de Su Salvador.

El conocimiento del logos por parte de la filosofía griega, la supremacía de la ley y la paz romana, el esfuerzo del imperio ecuménico de gobernarlo todo por la razón y que hacía vislumbrar a Virgilio una nueva edad iniciada con el nacimiento de un Niño, todo esto eran los preparativos humanos que Dios aceptó en sus designios para envolver el comienzo de la era cristiana. La Iglesia entonces recogió todas esas riquezas de la grandeza grecorromana y le infundió el soplo poderoso del Espíritu que más allá de las invasiones bárbaras floreció en las catedrales y en Santo Tomás.

La Iglesia en uno de sus momentos más altos unió en su seno el Espíritu de Dios con el espíritu del hombre y nos dio el fruto de la cristiandad medieval. Inclínada sobre la Humanidad no rechazó nada de lo que el mismo Señor ha puesto en el hombre y por ese trabajo se comprendió a sí misma. Fue judía, fue griega, fue romana, fue gala y germana y a todos los pueblos vistió de su hermosura y de todos ellos recibió el aporte para comprender mejor el designio de Dios sobre sí misma.

Hoy el mundo ha tomado nuevas dimensiones y nuevas actitudes y por lo tanto la Iglesia debe tomar lo mejor de este nuevo mundo para completarlo, para redimirlo.

* * *

Los hombres de la Iglesia pueden fracasar en un momento dado de la Historia si no se convierten verdaderamente en levadura de esa masa que los espera. La salvación quedará librada entonces al contacto íntimo con el Espíritu, que no dejará huérfana a la humanidad. La Iglesia no habrá cumplido con su misión, como no la cumple en épocas en que la evasión o el ghetto han sido sus grandes tentaciones. Por su parte, la humanidad en sus grandes épocas de barbarie ha pretendido rechazar a la Iglesia como su enemiga y también pagó muy caro esa actitud. Nuestro siglo contempla el final de dos actitudes: la humanidad no considera ya que su salvación está en sí misma y la Iglesia abandona sus posiciones defensivas para afirmar solemnemente en el Concilio que su misión es hacerse levadura semejante a la masa que debe transformar.

El retorno a la Iglesia se siente en la búsqueda de la unidad, en la búsqueda de la comprensión de las mismas maravillas que se descubren a diario, en la interrogación constante acerca del sentido de todo lo que el mundo de hoy ha logrado. La humanidad pide a la Iglesia que le explique finalmente la belleza de todo lo que intenta construir.

La Iglesia sabe que el hombre busca lo mejor. Lo decía hace poco Paulo VI a los fieles de Albano: "Con estos cambios, ¿se marcha hacia lo mejor o no? Per cierto hacia lo mejor". La Iglesia y el cristiano de hoy deben entonces comprender la importancia de su presencia en tal mundo. En muchos aspectos nos encontramos ante una edad que se pretende mesiánica en las transformaciones materiales que es capaz de realizar, pero al mismo tiempo nos encontramos ante una era que sabe en lo más profundo de su ser que el materialismo no puede explicar las ansias más intensas del hombre.

* * *

Los años del Concilio han marcado profundamente a la Iglesia en cuanto toma de conciencia de su posición en el mundo. Los católicos conocíamos lo que se pensaba entre nuestros hermanos protestantes acerca de la unión de las Iglesias, pero seguramente no se te-

nía conciencia del progresivo aumento de la conciencia que la misma Iglesia tenía de estos problemas. La reunión de los Obispos ha mostrado con claridad hacia dónde se orientaba el Espíritu.

Muchas de las ideas que ha aprobado el Concilio se discutieron antes entre los teólogos, pero no se sabía hasta dónde habían penetrado en la Iglesia docente, no se conocía la profundidad del diálogo dentro de la misma Iglesia. Y los resultados están a la vista y son maravillosos.

No hay duda de que se ha producido en la tierra eclesiástica una profunda remoción en estos últimos años. El movimiento bíblico, el litúrgico y el histórico-especulativo acerca de la teología han señalado un camino que no podrá ser desviado por triquiñuelas burocráticas. En los años que ya lleva el Concilio los Obispos han visto claro en los problemas y el Espíritu se ha expresado por estos hombres que llevan sobre sus espaldas el peso de las almas de todos sus hermanos.

Este Concilio concluye definitivamente con la época antirreformista. Se ha logrado en los últimos años la síntesis entre lo solicitado por los grandes reformadores y la tradición de la Iglesia. Aquellos se equivocaron al salir de la Iglesia y ésta al afirmarse, no en Trento pero sí después, en una actitud defensiva. Desde la Reforma la Iglesia ha fomentado en ella una actitud de coto cerrado que perjudicó sus relaciones con el mundo. Se asemejaba entonces a una ciudadela sitiada de la que solamente algunos espíritus muy decididos y mal mirados por los demás se atrevían a salir para ir a recorrer los caminos de un mundo que esperaba a su Buen Samaritano. Desde esos caminos llegaron las voces de nuestros hermanos reformados pidiendo una mayor unidad y hoy el Concilio, convocado por quien sintió como nadie la necesidad de ser el buen samaritano, confirma y aprueba la acción del Espíritu en ese mundo, tantas veces mal considerado por los mismos católicos.

* * *

En esa defensa contra el mundo que tipificó la actitud de la Iglesia se formó el siglo pasado una posi-

ción antiliberal. Recordemos, como un ejemplo, el modo de comportarse de los católicos franceses ante la República. Es cierto que el liberalismo surgió anticristiano y se unió con todos los movimientos que entre otras cosas, proclamaban el fin de la Iglesia, pero, el contenido profundo de la idea de libertad sólo puede ser entendida en el cristianismo y más precisamente en la Iglesia católica que como ninguna ha afirmado la independencia del orden espiritual con respecto al Estado. El Concilio proclama el fin de un planteo antiliberal por superación del conflicto. La discusión en torno de la libertad religiosa ha mostrado el profundo sentido del respeto al hombre que surge de las páginas del Evangelio y de la vida de la Iglesia. Pero esta afirmación no deja al hombre aislado en medio de la sociedad, como lo pretendió el liberalismo, sino que debe fomentar en él la ansiedad de unión con todos sus hermanos en el respeto mutuo de todos los derechos.

El Concilio ha afirmado rotundamente el sentido de la fraternidad humana y una de sus manifestaciones es la superación del complejo papista que colocaba al Papa aislado en la infalibilidad cuando el Vaticano I había afirmado que la infalibilidad de la Iglesia se manifestaba en el Papa. La figura del Papa como el único representante de Cristo y sus apóstoles ha sido balanceada ahora por las afirmaciones acerca de la colegialidad episcopal, lo que devuelve a la Iglesia el sentido de hermandad en su más alto nivel y que redundará en las relaciones de obediencia en los demás estratos.

* * *

El mundo contempla con asombro la actitud de la Iglesia católica y no hay duda que desde ya siente atracción por una Madre que se rejuvenece ante sus ojos. Pero más importante es la actitud que los mismos católicos deben asumir ante el ejemplo de sus Obispos. No sería la primera vez que un Concilio realizado bajo los mejores auspicios no logre sus objetivos por una resistencia de los mismos miembros. Muchas de las transformaciones de la Iglesia han nacido de los laicos y muchas desde la Jerarquía. No podemos afirmar que la actual sea monopolio de un solo grupo eclesiástico,

pero sí se puede afirmar en estos momentos que la Jerarquía ha adoptado la posición de avanzada a fin de señalar el camino a toda la Iglesia. Sacerdotes y laicos deben recibir estas consignas con la alegría, la humildad y la obediencia convenientes a fin de que las propuestas conciliares encuentren rápidamente su ejecución. Es cierto que no es fácil cambiar de mentalidad o de desear progresar cuando ya se ha llegado a una determinada edad o cuando por temperamento estamos más acostumbrados a posiciones tajantes, pero no podemos dejar de hacer el esfuerzo de comprender perfectamente lo que el Espíritu está hablando a través de sus Obispos.

* * *

Es muy posible que todavía se de una sesión más del Concilio, pero es imprescindible que no se espere su fin para poner en práctica todo lo que especialmente en esta sesión se ha proclamado. Espíritu de obediencia, espíritu de amor se nos pide en estos momentos. Faltaríamos a nuestro deber de cristianos si no lo hiciéramos. Este deber es con la Iglesia y con el mundo. Con la Iglesia porque afirmándonos en lo que proclamamos, escucharemos mejor al Espíritu y estaremos más unidos con el Señor. Con el mundo, porque espera de nosotros la transformación y la explicación de lo que todavía no entiende en su obra. Y esta obligación la ha señalado el Papa como propia del ser cristiano: "Si sois fieles cristianos, todo marchará perfectamente y podreis enfrentar las distintas transformaciones y la metamorfosis del progreso moderno no solamente permaneciendo sólidamente anclados en nuestros valores y en su contenido esencial, sino más bien gozando del progreso y dando impulso a este afán de renovación que anima a nuestra época".

Para ello nada mejor que aceptar las fuentes y riquezas maravillosas que el Concilio nos ofrece para fortalecer nuestra fe y vivir en el mundo para transformarlo.

La Dirección